

Domingo 21: La Iglesia Cristiana

Pregunta y Respuesta 54

Lectura: Efesios 4:1-16

Salterios:

Primero: 170:1-2

Segundo: 202:1

Tercero: 48:1,4-8

Cuarto: 238:2-3

Último: 183:3-4

Querida congregación,

En Efesios 4, el apóstol Pablo habla acerca de la iglesia de Dios. Guiado por el Espíritu Santo, él muestra que se puede identificar a la iglesia verdadera por cuatro marcas.

En primer lugar, la iglesia es *santa* (versículos 1-3). No, la iglesia no es santa en sí misma, sino solo en Cristo. Ella es santa porque el Espíritu Santo mora en ella como en un templo. Por eso, la iglesia también es llamada a una vida santa. Ella *está* en el mundo, pero no es *del* mundo. Así es como debería ser, ¿no es cierto? ¿No es una de las preocupaciones más grandes de nuestro tiempo el hecho de que el límite entre la iglesia y el mundo está siendo borrado y que incluso el pueblo de Dios tan fácilmente puede andar de la mano con tantas cosas? El Señor dice: “*Sed santos, porque yo soy santo*” (1 Pedro 1:16). La iglesia de Dios es una iglesia santa, y esto debe verse en su vida.

En segundo lugar, la iglesia es *una* (versículos 4-5): “*Un cuerpo y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo*”. En última instancia, solo existe una iglesia en este mundo. Es un rebaño debajo de un Pastor. Es por eso que Pablo dice en el versículo 3: “*solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*”. Dado que la iglesia es una, debe haber unidad entre todos aquellos que temen al Señor en espíritu y en verdad. Esta unidad no es algo artificial ni fabricado por los hombres, una unidad en la que la verdad y la mentira mantienen derechos iguales, sino una unidad que está fundada en la verdad de la Palabra de Dios.

Luego, la iglesia es *católica*. La palabra “católica” aquí no tiene nada que ver con la Iglesia Católica Romana, sino que simplemente significa “general” o “universal”. Muestra que la iglesia se encuentra en todo el mundo porque Dios reúne a Su pueblo de cada tribu y nación. Hay “*un Dios y Padre de todos, quien es sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos vosotros*” (versículo 6). Dios es el Padre de todos Sus hijos, sin importar dónde estén ni qué idioma hablen.

La iglesia consiste en judíos y gentiles que son unidos en Cristo. Por medio de Él, ambos tienen “*entrada por un mismo Espíritu al Padre*” (Efesios 2:18).

Por último, pero no menos importante, la iglesia es *cristiana* (versículos 7-13). Ella lleva el nombre Cristo, la Cabeza de la iglesia. El Emanuel glorificado es, de hecho, la Cabeza del cuerpo. Es Él quien gobierna a Su iglesia, quien la nutre, la mantiene y la preserva hasta el fin. La iglesia es la iglesia de Cristo.

Así, confesamos una santa iglesia cristiana católica. Eso es lo que encontramos en las Escrituras y, así, consecuentemente, en el Catecismo de Heidelberg. Por lo tanto, prestemos nuestra atención al Domingo 21, solamente a la primera pregunta y respuesta. Con la ayuda de Dios, queremos considerar el Domingo 21, Pregunta y Respuesta 54.

Pregunta 54: ¿Qué crees de la santa Iglesia cristiana católica?

Respuesta: Que el Hijo de Dios, desde el principio hasta el fin del mundo, de todo el género humano, congrega, guarda y protege para Sí, por Su Espíritu y Su Palabra en la unidad de la verdadera fe, una comunidad elegida para la vida eterna; de la cual yo soy un miembro vivo y permaneceré para siempre.

La Pregunta 54 trata sobre:

La Iglesia Cristiana

1. Es obra del Dios Trino
2. Es reunida por Cristo
3. Se compone de miembros vivos

Repito: La iglesia cristiana es obra del Dios Trino; es reunida por Cristo y está compuesta de miembros vivos.

Congregación, creemos, como dice el Credo, “una santa iglesia cristiana católica”. *Creemos* que ella existe. No siempre la *vemos*. A veces vemos lo opuesto; vemos una iglesia dividida, una iglesia esparcida, una iglesia que apenas podemos llamar santa y una iglesia que no siempre vive conforme al Nombre glorioso que lleva —el Nombre de Cristo. Eso es muy triste, porque trae deshonra a Dios. ¿Sentimos el dolor de ello? ¿O estamos satisfechos con nosotros mismos? ¿Nos jactamos orgullosamente de nuestra iglesia? ¿O quizá criticamos la iglesia sin darnos cuenta de que nosotros mismos formamos parte de ella? No podemos ponernos por encima de otros, congregación. Debería dolernos el hecho de que vemos tan poco de esa “una santa iglesia cristiana católica”. Sin embargo, debemos *creer* que existe esta iglesia, y la *confesamos* en base a la Palabra de Dios.

No creemos *en* la iglesia. En el Credo Apostólico no leemos: “Creo *en* una iglesia cristiana católica”. Creemos *en* Dios, si creemos bien. Creemos *en* Jesucristo. Creemos *en* el Espíritu Santo. Sin embargo, creemos *una* iglesia. Eso quiere decir que no nos apoyamos en la iglesia para salvación, sin embargo, la consideramos como la obra de Dios. La creemos, la confesamos, la amamos, a pesar de todas sus imperfecciones. Esas imperfecciones deberían causarnos tristeza y llevarnos de rodillas, pero nunca deberíamos ignorar o menospreciar la iglesia debido a ellas. ¿Mostraríamos falta de respeto a nuestra madre cuando está envejeciendo y enfermando? ¡Más bien, sus debilidades y sus imperfecciones son causa para apoyarla, respetarla y amarla aún más! Así es con la iglesia. Creemos una santa iglesia cristiana católica. Esa iglesia es nuestra madre; incluso más, ella es la obra del Dios Trino.

Primer pensamiento. Es obra del Dios Trino.

Podemos ver esto claramente en la respuesta a la pregunta en el Domingo 21: “¿Qué crees de la santa Iglesia cristiana católica?” La respuesta dice: “Que el Hijo de Dios, desde el principio hasta el fin del mundo, de todo el género humano, congrega, guarda y protege para Sí, por Su Espíritu y Su Palabra en la unidad de la verdadera fe, una comunidad elegida para la vida eterna”. La iglesia de Dios ha sido elegida y amada desde toda la eternidad; ha sido comprada con la sangre de Cristo, y ha nacido del Espíritu. Es obra del Dios Trino.

Hay una hermosa conexión entre el Domingo 21 y el Domingo 20. ¿Cuál es? ¿Qué tiene que ver el Espíritu Santo con la iglesia? La respuesta es sencilla: si el Espíritu de Dios no estuviera allí, tampoco habría iglesia. ¿No nació la iglesia del Nuevo Testamento en el Día de Pentecostés, cuando el Espíritu de Dios fue enviado desde el cielo? ¿No es esa iglesia un templo del Espíritu Santo? ¿No es fruto de la obra de la Tercera Persona de la bendita Trinidad?

Todo ello es tan importante que incluso se menciona al Espíritu primero en el Domingo 21. Cristo está recogiendo Su iglesia por Su Espíritu y Palabra. *Nosotros* diríamos: “por Su Palabra y Espíritu”. Sin embargo, *nuestro Catecismo* dice: “Por Su Espíritu y Palabra”. La obra del Espíritu Santo es fundamental. Él es el poder de Dios y el rocío del cielo. Él debe acompañar la Palabra de Dios, hacerla entrar en el corazón del pecador y hacerla fructífera en nuestras vidas. Fue ese Espíritu quien abrió el corazón de Lidia para que ella estuviese atenta a lo predicado por el siervo de Dios. Así que, Cristo reúne la iglesia por Su Espíritu y Su Palabra.

A veces se compara al Espíritu Santo con una madre. El Espíritu es, por así decirlo, como una Madre divina que da a luz a la iglesia, la alimenta y la nutre, la protege y la cuida. Como una madre amorosa, el Espíritu Santo vela por la iglesia en todas sus aflicciones. Oh, congregación, ¡cuán benditos son los que nacen en Sion y son establecidos por el Altísimo! Cuán benditos son aquellos hijos espirituales que están más unidos entre sí que los hermanos de una misma familia.

Hay un vínculo entre el pueblo de Dios que es tan profundo, tan celestial y tan único que no puede compararse con nada más en la tierra.

Oh, pídanle al Señor que los haga verdaderos miembros de esa iglesia. Oren por la obra del Espíritu Santo, tanto en revelarles su propio corazón como en consolarlos. Solo entonces pertenecerán a la iglesia que es nacida del Espíritu Santo y que es propiedad del Señor Jesucristo.

De hecho, la iglesia es propiedad de Cristo Jesús. Él la recibió antes de la fundación del mundo y la reúne en el tiempo. Él es el Pastor de la grey. Él es el Esposo de la esposa. Él es la Cabeza del cuerpo. Él es la piedra principal del ángulo del templo. La iglesia pertenece a ese fiel Salvador, que la libró por Su sangre y la renueva por Su Espíritu.

La iglesia pertenece al Señor.¹ La iglesia es la casa espiritual de Dios. ¿Nos damos cuenta de ello? Cuando hablamos de la iglesia, a menudo pensamos en el edificio. Quizá pensemos en la iglesia local o en la denominación. Naturalmente, todas estas cosas pertenecen a ella porque la iglesia tiene una manifestación visible en el mundo. Pero la iglesia, en su núcleo y esencia, no es una estructura de madera y piedra, ni una asociación a la que uno puede unirse como socio o de la que puede renunciar si le parece mejor. No, la iglesia es la casa del Padre, el cuerpo de Cristo y el templo del Espíritu Santo. Formamos parte de esa iglesia, por lo menos, en su sentido externo. ¿Hemos elegido eso? No, hemos sido *puestos* en la iglesia. La obra de Dios, Su elección y Su iniciativa siempre vienen primero.

Esto se expresa de una forma hermosa en el bautismo infantil. ¿Alguna vez se ha dado cuenta de esto al ver a esos pequeños ser traídos a la iglesia para ser bautizados? Uno duerme, otro llora y otro más está despierto, pero ninguno tiene la más mínima idea de lo que está sucediendo. *Ellos* no pidieron el bautismo, sino sus padres. No es elección de ellos, sino de sus padres. No, más bien, es elección de Dios. Es el Señor quien nos ha traído a la iglesia por nuestro nacimiento y por Su providencia. La iglesia existía antes que *nosotros*, y la iglesia existirá cuando ya no estemos aquí. Hemos recibido un lugar en ella por Su bondad.

Podrá usted aborrecerlo, podrá rebelarse contra ello y podrá intentar deshacerse de Su Palabra y de la señal del bautismo que marca su frente. Incluso podrá tratar de olvidar su crianza, pero no lo logrará. Podrá pedir que su nombre sea eliminado de los registros de membresía, pero llegará el día en que los libros se abrirán. Nunca podrá deshacer el hecho de que Dios le ha dado un lugar en la iglesia, bajo Su Palabra.

¹ Este párrafo en inglés comienza diciendo: “La palabra ‘iglesia’ [inglés: *church*] se deriva de una palabra que quiere decir ‘del Señor’. Así que podríamos decir que la iglesia pertenece al Señor”. Dado que la palabra castellana ‘iglesia’ no se deriva de la misma raíz griega que la palabra inglesa ‘church’, el traductor ha decidido no incluir esta oración en la traducción, pero deja aquí escrita esta nota para explicar este asunto.

Congregación, estimen ese lugar. Tenemos un corazón malvado, somos lentos para entender y podemos acostumbrarnos a todo. Sin embargo, el hecho permanece: Dios nos ha dado un lugar en Su casa. Que eso nos lleve de rodillas para aceptarlo con todo nuestro corazón. Nunca abandonen la verdad antigua y ya probada, jóvenes, y si esa llegara a ser alguna vez su intención, que el Señor, en Su gracia, lo cambie. Bendecirán el día en que el Señor conquiste su corazón y les impulse a decir: “Señor, he hecho todo lo posible para deshacerme de Tu Palabra, pero no pude. Ya en el Paraíso tomé armas para pelear contra Ti, pero he aquí que he perdido. ¡Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia!”

Queridos niños, el Dios que les ha dado un lugar en la iglesia, que ha hecho que el agua del bautismo fuera rociada sobre sus cabezas y que los ha traído bajo Su Palabra, no lo ha hecho para burlarse de ustedes ni para afligirlos, sino porque no se complace en su ruina eterna. Pídanle que los convierta. Ruéguele que los rocíe con la sangre de Cristo para hacerlos más blancos que la nieve. Pídanle que ponga Su Espíritu dentro de ustedes para hacerles andar en Sus caminos. Entonces se convertirán en miembros vivos de la iglesia que es nacida del Espíritu, comprada por Cristo y elegida por el Padre.

Sí, la iglesia viva es elegida por Dios el Padre. Nuestro Catecismo la llama: “una comunidad elegida para la vida eterna”. Dios ha elegido a aquellos que heredarán la salvación y la gloria eterna. ¿Se nos permite hablar de esto, o deberíamos pasarlo por alto en silencio? Hay personas hoy en día que dicen: “No deberían hablar de la predestinación, de la elección y la reprobación, porque esto volverá pasivos a los oyentes. Les dará una excusa para decir: ‘Si no soy elegido, no seré salvo’”.

¿Qué piensan de eso, congregación? ¿Deberíamos callarnos acerca de la verdad de la gracia libre y soberana de Dios simplemente porque hay personas que abusan de ella? No deberíamos hacerlo. Cada parte de la verdad puede ser mal usada. Cada doctrina puede interpretarse falsamente por el hombre para su propia ruina. Sin embargo, si no hubiera la predestinación, tampoco existiría la iglesia ni la predicación. El cielo estaría vacío. ¿Qué mensaje tendría el predicador si Dios no fuera el Primero y el Último —el Primero en Su amor que siempre busca y el Último en Su fidelidad que nunca falla?

La iglesia de Dios ha sido elegida para la vida eterna. El Señor no ha elegido a Su pueblo porque sabía que ellos creerían; más bien, es lo opuesto. Ellos creen *porque* han sido elegidos. Dado que Dios los ha elegido, ellos *creerán* y *serán* llevados a la fe y al arrepentimiento por el poder del Espíritu Santo. Cuando Cristo reúne Su iglesia de cada parte del mundo, no lo hace aleatoriamente, eligiendo a uno aquí y a otro allá según Su propio parecer, sino que lo hace conforme al beneplácito de Su Padre.

En Juan 4 leemos que Jesús no cruzó el río Jordán en su camino a Jerusalén, como los judíos solían hacerlo. Le era necesario pasar por Samaria porque había una mujer en aquella región despreciada cuyo nombre se encontraba en el Libro de la Vida. Le era *necesario* pasar por allí. Cuando, en otra ocasión, Jesús pasó por Jericó y vio a un hombre escondido en un árbol, no tuvo que preguntar a los demás: “¿Quién es aquel hombre que está allí arriba? ¿Podría alguien decirme su nombre?” No, Él ya sabía que era Zaqueo porque ya había recibido ese nombre de Su Padre. Cristo reúne a Su iglesia conforme al plan perfecto de Dios. Él los congrega, uno tras otro.

¡Oh, quizá no haya ninguna doctrina que traiga más gloria a Dios que la de la elección! Esa doctrina excluye todo del hombre y exalta a Dios como la única causa de la salvación del hombre. Por naturaleza, no queremos ser excluidos. Queremos tener voz y voto en todo. Pero aquí tenemos que aprender que no tenemos nada con qué contribuir. Aquí tenemos que aceptar que Dios no nos necesita y que no puede usar nada de nosotros. Eso es muy humillante. La elección trae gloria a Dios, pero a nosotros nos humilla hasta el polvo. Es un golpe fatal para nuestro orgullo porque habla de la gracia libre y soberana. Apunta a Aquel que es el Primero y el Último, de quien los hijos de Dios cantarán: “Por Ti, sólo por Ti, únicamente por Tu eterno beneplácito”.

Por lo tanto, esta doctrina no solo es humillante, sino también alentadora. Está llena de consuelo para aquellos que tienen un corazón rebelde y obstinado, para aquellos que no pueden venir a Él, para aquellos que están desconcertados porque no saben cómo podrán ser salvos. Esta doctrina no viene acompañada de condiciones. No presupone nada en el hombre, sino que habla de un Dios que ha pensado en todo en Su amor unilateral, que ha consumado la plena salvación en Cristo y que la aplica al corazón de la manera más infalible. Por lo tanto, aún es posible para usted, mi compañero de viaje, que tiene el mismo corazón malvado. Los pecadores *serán* convertidos; sí, también deben venir de entre ustedes. Es por eso que la tierra aún se mantiene y el sol y la luna aún brillan. Hay una iglesia escogida por el Padre, y esta iglesia es reunida por Cristo. Ese es nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. Es reunida por Cristo.

Leemos en nuestro Catecismo que Cristo llama a Su pueblo de entre todo el género humano. Ninguna tribu ni lengua es excluida. “*Toda la tierra escuchará, y al Señor se volverá; Toda nación se acordará, y sólo a Dios adorará*” (Salterio 49:1). En los días del Antiguo Testamento, esta iglesia era reunida principalmente de entre el pueblo de Israel. En ciertas ocasiones, se añadían personas de las naciones circundantes: Rut la moabita, Naamán el sirio, Ebed-Melec el etíope y unos cuantos más. Ellos eran excepciones. Sin embargo, desde el Día de Pentecostés, la Palabra de Dios se está extendiendo por todo el mundo. Cristo está edificando Su iglesia con material de toda nación. Las piezas de este edificio están esparcidas por todos los rincones de la tierra. Dado que deben ser reunidas, la Biblia debe ser traducida, los ministros del Evangelio deben ser

enviados y la Palabra de Dios debe ser predicada hasta los rincones de la tierra. Quedan pocos lugares hoy donde la Palabra de Dios no haya sido oída aún. El Señor está preparando el camino para la venida de Su reino, y el último de los elegidos pronto será reunido. Cristo los llama de entre toda la raza humana.

El Hijo de Dios llama a Su pueblo desde los vallados y caminos de este mundo. Él llama a los pecadores y publicanos, pero también los llama a salir del lazo de la religión de la justicia propia. Saulo de Tarso es un ejemplo claro de esto. Saulo era muy religioso, pero a la vez muy obstinado y ciego a su propia condición. Sin embargo, cuando llegó la hora del beneplácito de Dios, el brioso corcel tuvo que sucumbir.

Cuando el Señor alce Su voz, los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y vivirán. Él los llama del estado de muerte espiritual. Los guía con súplicas, y ellos vienen con llanto. Él llama a las cosas que no son como si fueran, y ¿quién puede mantenerse en pie contra Su poder? ¿Quién puede resistir ese llamamiento eficaz e irresistible del Señor? Podemos resistir el llamamiento externo —eso es cierto—, y no hacemos nada más que resistirlo. Sin embargo, cuando el Señor dice: *“¡Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante!”* (Job 38:11), nuestra resistencia se acaba.

En ese momento, una piedra muerta es vivificada para ser añadida a esa casa espiritual. Un pecador es labrado de la roca de Adán y puesto sobre el fundamento, que es Cristo. ¡Qué privilegio! ¡Quisiéramos ser una piedra hermosa, pero ah, qué bendición es ser aunque sea una pequeña piedra en ese edificio de Dios! Niños y niñas, supliquen al Señor que los haga piedritas. Ustedes saben que hay dos tipos de piedras en un edificio: las grandes y las pequeñas. Hay piedras que se ven y piedras que casi no se ven. Puede haber incluso piedras debajo de la superficie; sin embargo, también han sido colocadas sobre el mismo fundamento. Ellas también pertenecen al edificio. Ese es el asunto. ¡Eso es lo que necesitamos! Volveremos a este punto en nuestro último pensamiento, pero es suficiente por ahora para mostrar que Cristo reúne a los Suyos y los preserva en la unidad de la fe.

Ellos son congregados en la unidad de la verdadera fe, dice nuestro Catecismo. Quiere decir que vienen a Él, y también vienen los unos a los otros. Todos ellos reciben esa preciosa fe por la cual son unidos a Cristo. Por experiencia, aprenden algo de la profundidad de su caída en Adán, y todos aprenden a huir a un Salvador revelado como el único Nombre dado bajo el cielo por el cual debemos ser salvos. Puede que difieran en muchas cosas. No tienen el mismo color de piel ni hablan el mismo idioma. Eso no importa. Las costumbres pueden variar, y sus culturas pueden ser distintas, pero la verdad no está dividida. El Señor convierte a Su pueblo de la misma manera a través de todas las épocas. Él reúne a un pueblo que tendrá un solo corazón y una sola lengua.

Quizá usted ni siquiera es capaz de hablar dos idiomas distintos, pero eso no es importante. Lo importante es conocer el idioma de Canaán. ¿Cómo aprendemos ese idioma? No basta con solo

oír unas palabras y luego repetirlas; eso es falso. Si nuestra conversación consiste en unas palabras que hemos leído en un librito u oído del pueblo de Dios, el Señor no la reconocerá. Lo hemos robado, y tendremos que devolverlo. Podemos tener las *palabras* y carecer de la *sustancia*. Pero hay un pueblo que tiene la sustancia, aunque a menudo carece de las palabras. No siempre pueden expresarse. Sin embargo, existe una unidad entre ellos que solo puede ser experimentada. Esa sustancia es *“un Señor, una fe, un bautismo”* (Efesios 4:5). Les ha sido enseñado un mismo lenguaje. Tienen un solo corazón y viajan por el mismo camino. Son congregados en la unidad de la verdadera fe.

Aquí se dice que el Señor Jesucristo ha reunido a Su iglesia “desde el principio ... del mundo”. No, no solo desde el tiempo en que entró al mundo, ni únicamente desde el día en que el Espíritu Santo descendió del cielo, sino ya desde el Paraíso, desde el principio del mundo. Adán y Eva fueron los primeros miembros de esa Iglesia (con mayúscula), y, desde entonces, el Señor ha continuado añadiendo miembros a ella. Él ha congregado a muchos más: Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, y así podríamos seguir. De algunos conocemos sus nombres, pero la mayoría son desconocidos para nosotros. Hay personas sin nombre que, sin embargo, son conocidas por Dios. Son los mansos de la tierra (Salmo 35:20).

Si usted mira el cielo durante una noche clara y hermosa, verá allí muchas estrellas. Unas son muy luminosas, otras no, y hay algunas que incluso no puede ver. Así es con los hijos de Dios. El Señor *“cuenta el número de las estrellas, a todas ellas llama por sus nombres”* (Salmo 147:4). Él reúne a Su pueblo, y lo seguirá haciendo hasta el fin del mundo. Puede haber tanta oscuridad en el mundo y en la iglesia que el temor se apodere del corazón. Ciertamente, hay razón para clamar: *“Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia”* (Habacuc 3:2). Sin embargo, Su obra continuará a pesar de todo —a pesar de la tribulación y la persecución, a pesar del pecado y de los ataques de Satanás. Su obra continuará. Más hijos deben nacer porque al Señor le complace magnificarse de generación en generación hasta que el último haya sido traído. Cristo reúne a Su iglesia desde el principio hasta el fin del mundo.

Aún hay personas que deben ser convertidas. Nunca digan que la obra de Dios ha llegado a su fin. Si es tan silenciosa y oímos tan poco de ella, puede haber razones para ello. Entonces, no deberíamos señalar con el dedo a otros, sino poner la mano sobre nuestro propio pecho. ¿Acaso es usted tentado a pensar que para usted es imposible ser salvo? Quizá haya una voz que susurra en su corazón diciéndole: “¿Por qué no dejas de asistir a la iglesia? ¿Por qué no dejas de arrodillarte ante el Señor? Tú eres un Esaú, un Judas. El Señor no te escucha”. No presten atención a esas voces. Tengan plena seguridad de que el Señor aún no ha acabado Su obra. Puedo decirlo con mi mano sobre la Biblia. Muchos vendrán del oriente y del occidente. ¡Oh, ser tan solo uno de esos muchos! ¡Oh, ser el último, el más pequeño de todos!

¿Cómo será si usted tuviera que quedarse afuera cuando el pueblo de Dios entre en la gloria? ¿Cómo se sentiría si viera a los santos parados delante del trono de Dios y del Cordero, con sus vestiduras blancas y palmas de victoria en sus manos? ¡Suponga que solo pudiera quedarse detrás del muro, mirándolos! He oído hablar de un joven a quien el Señor detuvo en su camino. Había estado bebiendo de los pecados de este mundo; sin embargo, cuando fue detenido, ya no pudo seguir con sus amigos mundanos. La iglesia se convirtió en su lugar más amado. A veces se escondía detrás de la espalda de quien se sentaba delante de él. Era el último y el más pequeño. Había tanto dolor en su corazón y un impulso de amor tan fuerte que un día clamó: “Oh Señor, ¡si tan solo pudiera mirar a través de un agujero en la cerca y quedarme detrás del muro en aquel gran día! Si tan solo me fuera permitido echar un vistazo a la gloria de Dios y de Cristo y ver a aquel pueblo bendito alrededor de Tu trono, entonces me bastaría”. ¿Entiende usted a ese joven?

Tales personas, sin embargo, no serán condenadas a permanecer afuera; les será dado entrar por los méritos de Jesús. Esto será experimentado ya en esta vida, al menos hasta cierto grado. El Señor dice: “*Esforzaos por entrar por la puerta estrecha*” (Lucas 13:24). Oh, congregación, que no haya descanso para usted hasta que hayan entrado por aquella puerta estrecha. El Señor aún está llamándolos e invitándolos.

¿Tienen que saber si su nombre está en el Libro de la Vida antes de prestar atención a Su llamado? No necesitan saberlo. Los hijos de Dios no *comienzan* con la elección, pero sí pueden *terminar* en la elección. Cuando hayan pasado por aquella puerta estrecha, podrán echar un vistazo hacia atrás con asombro y ver que fue el Señor quien los hizo entrar. Y cuando, al final de su carrera espiritual, entren en la Nueva Jerusalén, glorificarán a Aquel que siempre ha sido el Primero y el Último. Se hundirán en asombro y confesarán con profunda humildad: “*Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero*” (1 Juan 4:19).

Cristo reúne a Su iglesia. Él también guarda y protege a los Suyos. Sea lo que sea que venga en contra de ellos, Él guarda a Su pueblo. Asimismo, los protegerá hasta el fin. Les ha dado una vida que proviene de lo alto y que jamás morirá. Los sostendrá en medio de toda lucha, y eso es cierto para toda la iglesia. Incluso en un tiempo como el del profeta Elías, cuando las tinieblas eran densas, el Señor preservaba a Su iglesia.

Por lo tanto, podemos afirmar que la iglesia de Dios siempre está creciendo. Es cierto que, de vez en cuando, hay personas jóvenes o mayores que salen de la iglesia. Es una realidad triste. Por otro lado, podemos decir que la iglesia de Dios nunca disminuirá. Seguirá creciendo hasta alcanzar su plenitud y madurez. Uno es añadido aquí, otro allá. Sí, “*de Sion se dirá: Este y aquel han nacido en ella*” (Salmo 87:5). Vengan, cantemos de esto en el Salterio 238, estrofas 2 y 3.

* * * * *

Tercer pensamiento. Se compone de miembros vivos.

“¿Qué crees de la santa Iglesia cristiana católica?” Ya hemos visto la primera parte de la respuesta: “Que el Hijo de Dios, desde el principio hasta el fin del mundo, de todo el género humano, congrega, guarda y protege para Sí, por Su Espíritu y Su Palabra en la unidad de la verdadera fe, una comunidad elegida para la vida eterna; de la cual ...” Y allí viene el asunto personal: “yo soy un miembro vivo y permaneceré [así] para siempre”. ¿Es eso lo que somos, congregación? En virtud de nuestro bautismo, somos miembros de la iglesia. Eso es un gran privilegio. Además, se nos permite ser miembros de una iglesia en la que la verdad aún puede ser oída y en la que, a pesar de todas sus imperfecciones, somos tratados de una forma honesta. Eso también es un privilegio. Sin embargo, la pregunta principal es: “¿Soy yo un miembro *vivo* de la iglesia?” Dado que hay miembros muertos y miembros vivos, la pregunta es: “¿Soy yo un miembro *vivo* de la iglesia de Cristo?”

En el Domingo 21 encontramos a un hijo de Dios que puede dar una respuesta gloriosa. Él dice: “Sí, por la gracia de Dios, soy un miembro vivo de la iglesia”. ¡Qué maravilla! En Su parábola de la vid, el Señor Jesús habla acerca de pámpanos que llevan fruto y pámpanos infructuosos. Esos pámpanos infructuosos están muertos; por eso no producen frutos. Dado que solo están conectados a la vid de forma externa, llegará el día en que serán cortados, echados al fuego y consumidos. ¡Qué palabra más seria! O somos un pámpano vivo, o un pámpano muerto. No hay un camino intermedio.

Alguien podría preguntarse: “¿Cómo puedo saber si soy un miembro vivo? ¿Es siquiera posible saberlo?” Esos miembros vivos —no se sorprendan; escuchen bien— luchan contra su estado de muerte. Luchan contra su aridez. Dado que han sido vivificados por el Espíritu de Dios, son llevados a ver que el hombre ha caído muerto en Adán. Les preocupa mucho eso y lloran a causa de ello. Tienen hambre y sed del Dios vivo. No pueden vivir sin Él y anhelan la Palabra de Dios. Hay un deseo tan poderoso en sus corazones de conocer al Señor, encontrar la paz con Él y ser reconciliados con Él. Tienen altibajos en sus vidas. Ah, los peores tiempos son aquellos en los que no sienten ningún deseo, cuando su corazón es tan frío y su vida tan infructuosa. Pero, por eso mismo, otro deseo nace en sus vidas —un deseo ardiente por Cristo, el Salvador. El Señor hace espacio para Él. No pueden apoyarse en sí mismos, sino que necesitan encontrarlo a Aquel que es perfecto y hermoso. El Espíritu Santo hace a Cristo indispensable, idóneo y precioso sobre toda otra cosa para ellos. Cuanto más encuentran la muerte dentro de sí mismos, tanto más son impulsados hacia Él. Se convierte en su clamor: “¡Dame a Jesús, si no, muero!” Fuera de Él no hay vida, solo ruina eterna. Como criaturas caídas, lo buscan para encontrar refugio en Sus heridas, para recibir expiación por Su sangre, para ser llevados de vuelta a Dios y para ser restaurados en Su precioso favor.

Congregación, rueguen al Señor que los convierta en miembros vivos de Su iglesia por el camino de la verdadera regeneración y el arrepentimiento. Solo entonces les esperará un futuro gozoso. Si usted es meramente un pámpano muerto, llegará el momento en que será cortado de la iglesia y echado en el lago de fuego. Solo si ha sido hecho un miembro vivo, permanecerá así por toda la eternidad.

Entonces podrá repetir las palabras del verdadero creyente en el Domingo 21: “de la cual yo soy un miembro vivo y permaneceré para siempre”. Es una gran declaración, ¿no es así? ¿Cómo puede un cristiano decir eso? ¿No es orgullo o presunción? Si tan solo hubiera dicho: “*Espero* permanecer un miembro vivo de esa iglesia”. Sin embargo, habla con plena seguridad de fe. ¿No es esto orgullo? No, ¡al contrario! Es la forma más profunda de humildad. Es la certeza de la *gracia* de Dios. Aquí encontramos a alguien cuyas propias obras han sido condenadas, cuya propia vida ha sido cortada y cuya expectativa ya no se encuentra en sí mismo. Aquí está alguien que ha recibido un vistazo de la perfecta obra de Cristo y del amor infalible del Dios Trino. Esta confianza no se arraiga en la fidelidad del hombre, sino en el amor electivo del Padre, en la obra preservadora de Cristo y en la presencia interna del Espíritu Santo.

El Domingo 20 y el Domingo 21 de nuestro Catecismo están inseparablemente conectados. En el Domingo anterior, hemos oído que el Espíritu de Dios morará para siempre en los corazones del pueblo de Dios. Dice: “me consuele y quede conmigo eternamente”. Por lo tanto, el hijo de Dios ahora puede decir: “Soy un miembro vivo de la iglesia de Dios y *permaneceré* un miembro vivo de ella para siempre”. No, no decimos que todos los hijos de Dios poseen esta seguridad. No negamos que hay etapas en la vida de gracia. Tampoco decimos que la seguridad nunca es atacada. Oh, la vida de gracia puede encontrarse bajo ataques tan feroces del Príncipe de las Tinieblas con sus dardos de fuego, que puede casi quedar sepultada bajo las cenizas de la incredulidad y la sospecha. Sin embargo, está arraigada en Dios y en Cristo, quien es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Ese es el consuelo de todos los hijos de Dios, tanto de los que están profundamente preocupados como de los que están plenamente asegurados. Y —no lo olviden— una preocupación “mojada” es mejor que una seguridad “seca”.

¡Cuán pobres somos si somos extraños a esta obra de gracia y si nuestro nombre no es conocido en los cielos! Podemos tener un nombre bien conocido entre la gente de este mundo o incluso entre el pueblo de Dios, pero si nuestro nombre no ha sido registrado en los cielos, finalmente será borrado en la oscuridad eterna. Entonces, solo habremos sido meros seguidores en la iglesia. Puede que hayamos estado en la compañía del pueblo de Dios, pero al final seremos separados para siempre de la Iglesia.

Por otro lado, ¡cuán ricos son aquellos cuyos nombres son conocidos por Dios! ¡Oh, si tan solo pudiera expresar esa felicidad! Ojalá tuviera la lengua de los ángeles para describirlo, pero aun si todos los siervos de Dios predicaran durante mil años, solo podrían raspar la superficie. Los

miembros vivos de la iglesia son amados desde la eternidad, redimidos con sangre y atraídos por el Espíritu Santo. Ciertamente serán preservados hasta el final. Oh, partirán para estar con el Señor, para magnificarlo sin pecado y para glorificarlo por toda la eternidad.

¿Por qué son tan ricos los hijos de Dios, congregación? Porque han sido reunidos por Cristo como el Hijo de Dios. “El Hijo de Dios” —ese es el Nombre utilizado para Cristo en el Domingo 21. No dice que *Jesús* reúne a Su iglesia, sino que *el Hijo de Dios* lo hace. Es un Nombre que inspira reverencia, humildad y valentía. Es una designación tan consoladora para ese pueblo que a menudo carece de ánimo y defensa en su lucha. Cristo es el Hijo de Dios. Él no es solo un libertador humano, sino un Salvador divino. Es el Hijo de Dios quien congrega, guarda y protege a Su iglesia.

Así que, la causa de la iglesia no ha sido puesta en las manos débiles de un hombre, sino en las manos poderosas de Cristo. Los nombres del pueblo de Dios están grabados en las palmas de las manos de Jesús. Por lo tanto, perseverarán hasta el final. Dios mismo se asegurará de ello. *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó ... Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó”* (Romanos 8:29-30). Es la cadena de oro que nunca será quebrantada.

Iglesia de Dios, ¡regocíjense! Su vida está en buenas manos. El Buen Pastor cuida de ustedes. Él dice: *“Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano ... Y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”* (Juan 10:28-29). Amén.

Salterio 183:3-4